

LA ARABIA PREISLÁMICA Y EL NACIMIENTO DEL ISLAM

Esquema-Guión

1. La Arabia preislámica
 - 1.1. Aspectos geográficos: relieve, clima y población
 - 1.2. La vida económica: agricultura, ganadería y comercio
 - 1.3. Aspectos religiosos
 - 1.4. La organización social: la tribu. La tribu de Kinda
 - 1.5. Los antiguos Estados Árabes: Himyaritas, Lakhmíes y Ghassānīes
2. El nacimiento del Islam
 - 2.1. Mahoma
 - 2.1.1. Fuentes biográficas
 - 2.1.2. Los primeros años, juventud y matrimonio
 - 2.1.3. La revelación y los comienzos de la predicación
 - 2.1.4. La estancia en Medina
 - 2.2. Arabia a la muerte de Mahoma
 - 2.3. El calendario árabe-musulmán

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA ESPECÍFICA

LECTURAS Y CONSULTAS RECOMENDADAS

1. La Arabia preislámica

1.1. Aspectos geográficos: relieve, clima y población

La Península Arábiga, cuna del Islam, con una extensión de más de tres millones doscientos mil kilómetros cuadrados, se entiende entre el mar Rojo y el Golfo Pérsico. Limita al norte con Mesopotamia. Está constituida en su conjunto por dos grandes desiertos, el Nufūd, con enormes dunas móviles que forman un paisa-

je cambiante, y el terrible Rub ‘al-ḥālī, separados entre sí por las estepas de Nağd y Yamāma con fértiles oasis solitarios donde crecen palmeras de dátiles, y escasos terrenos de pasto para los rebaños nómadas.

Las montañas son escasas, al oeste de la Península, de sur a norte, encontramos las cordilleras montañosas del Yemen y del Ḥiyāz, dejando una estrecha zona de tierras bajas que las separa del mar Rojo, llamada Tihāma o “tierra baja”. Al sur, en las costas del Ḥaḍramawt, una cadena de montañas detiene las lluvias monzónicas procedentes del océano Índico, que descargan el agua en el Yemen y Omán, en primavera y otoño. Estas lluvias permitieron, que desde tiempos remotos en estas tierras del sur de la Península Arábiga, se realizasen cultivos agrícolas, gracias a un perfeccionado sistema de irrigación, lo que permitió que estuvieran pobladas, y surgiese en ellas una floreciente civilización sedentaria relativamente avanzada, por lo que a esta zona se la denominó “Arabia Feliz”.

Con la excepción de algunos ríos largos y profundos que corren por el oeste de la Península, como el Wādī al-Qurra, no existen sistemas hidrográficos de importancia. Únicamente la existencia de aguas subterráneas ha hecho posible la formación de oasis en el Ḥiyāz. Por sus caracteres geológicos, morfológicos y climatológicos, Arabia se presenta como una prolongación de África.

Durante la prehistoria, Arabia tenía un clima más templado y estaba mejor regada que hoy, pero sufrió, de la misma manera que el Sahara, una progresiva desertización, por lo que, a menudo, el nombre de Arabia se asocia siempre a un vasto desierto ocupado exclusivamente por nómadas, pero parece ser que estos pueblos, en su origen, sólo ocuparon una pequeña parte de la población, siendo superados en exceso por los pueblos sedentarios. Recientes investigaciones han puesto de manifiesto que los árabes nómadas eran descendientes, en su mayoría, de los sedentarios que se hicieron pastores en los primeros siglos de nuestra era, cuando el comercio y la agricultura conocieron un cierto declive en Oriente.

Una forma de vida sedentaria contaba para su existencia con el cultivo de secano, abastecido por la lluvia, ayudado por trabajos de irrigación diseñados para captura, almacenar y distribuir las lluvias estacionales, por lo que es en el sur de Arabia donde encontramos asentada a una población de cierta importancia, que constituyó una sociedad altamente diferenciada y estratificada, que, además, difundió y elaboró obras de arte, dirigió el comercio a larga distancia y levantó las maravillosas torres del Yemen. Fue también en esta zona del sur de Arabia donde se formaron Estados políticos de importancia.

En el resto de Arabia, los asentamientos dependieron de la presencia de fuentes perennes o de aguas subterráneas que pudieron ser captadas mediante perforación de pozos. De tal forma que, los asentamientos del centro y norte

de la Península tomaron forma de oasis, a menudo dedicados al cultivo del dátil, y rodeados de extensas áreas de desierto inútil. La prosperidad de algunos oasis se vio también afectada por otros factores como el comercio o las prácticas religioso-culturales, como fue el caso de las ciudades de Daydan, al norte del Ḥiyāz, Petra o Palmira, que gozaron de una gran brillantez en el centro del desierto sirio, debido al importante papel que desempeñaban en el comercio de caravanas, o la Meca, cuya importancia se debió tanto a la práctica del comercio como al papel que desempeñó como enclave sagrado, *Haram*, y centro de culto religioso.

Dentro del conjunto de la población nómada, se pueden distinguir dos tipos diferentes: un grupo lo integraban aquellos nómadas que tenían rebaños de camellos, y frecuentaban, habitualmente, la estepa desértica de Naǧd, viviendo, a menudo, muy cerca del nivel de simple subsistencia; y otro grupo, estaba formado por aquellos nómadas que consiguieron tener grandes rebaños de ovejas, cabras y algunos camellos; solían vagar por una franja costera a los bordes del desierto, a lo largo del Éufrates o en el límite de Siria, pues estos rebaños, que se movían muy lentamente, necesitaban permanecer cerca de manantiales de agua segura por lo que nunca podían entrar en el interior de la Península.

Junto a sedentarios y nómadas propiamente tales, existía una población seminómada, que practicaba tanto la agricultura local sedentaria como el pastoreo nómada, en grados variables. Aunque estos pueblos habían establecido núcleos de residencia fijos a lo largo de la llanura Siria o de Mesopotamia, donde cultivaban, también solían conducir sus rebaños a cierta distancia, dentro del desierto, para que pastasen en los verdes prados que se formaban en invierno y durante las lluvias primaverales.

El desarrollo cultural de la población nómada estaba restringido, en términos generales, a las formas que podían ser transportadas fácilmente como las artes oralmente transmitidas de relatos, genealogías y, de manera especial, la canción y la poesía, siendo ésta última el género cultivado por excelencia en la Arabia preislámica. Los poetas cantaban las virtudes de los beduinos, su valor, su lealtad, generosidad y, en suma, sus propias hazañas. La *qaṣīda* era una composición poética monorríma, que con frecuencia pasaba de cien versos, y constaba de tres partes. Como la mayor parte de los antiguos poetas eran analfabetos, sus producciones se han transmitido gracias a la tenaz memoria de los *rāwī*, recitadores. Las colecciones escritas de antiguas poesías árabes no se remontan más allá del siglo VIII, siendo las más célebres las conocidas *7 Mu‘allaqāt* “las colgadas” o “las preciosas”, que ha dado origen a la leyenda de que estas siete famosas poesías, escritas en letras de oro, estuvieran colgadas en el templo de la Meca. Uno de los compositores más celebres fue Imru’ al-Qays (m. hacia 540), de quien, según la tradición, Mahoma dijo que era “el príncipe de los poetas y su

guía en el fuego del infierno”. La *mu‘allaqāt* que se le atribuye, famosa en todo los países musulmanes, ha sido imitada en todas las lenguas islámicas, y junto con otras composiciones suyas, se cuenta entre las más bellas y más antiguas composiciones de la época preislámica.

1.2. *La vida económica: agricultura, ganadería y comercio*

La vida económica en la Arabia preislámica consistía fundamentalmente en las actividades agropecuarias y comerciales. La agricultura estaba basada en el cultivo de secano en aquellos lugares que contaban con lluvia suficiente, como ocurría en el sur de la Península, circunstancia que se vio complementada con el alto grado de desarrollo tecnológico que alcanzaron los habitantes de la región del Yemen. La conocida presa de Ma‘rib fue una impresionante estructura de albañilería de más de 15 metros de altura, y de 500 metros de largo, cuyos restos son aún claramente visibles.

En el resto del país, la agricultura dependía de la presencia de fuentes perennes o de aguas subterráneas captadas mediante la perforación de pozos. Para los trabajos agrícolas utilizaban el arado de tipo romano, pero no disponían de abonos orgánicos, ni de animales de tiro. Los productos que cosechaban eran el trigo y la cebada.

La ganadería, en manos de la población nómada, se basaba en la cría de camellos, ovejas y cabras, fundamentalmente. Había una ausencia de animales bovinos debido a las condiciones climáticas y, como consecuencia de ello, a la falta de pastos.

El comercio fue la actividad de mayor relieve, no tanto por el volumen y valor de las mercancías transportadas, sino porque en él van a entrar en rivalidad las dos grandes potencias próximas a Arabia: Bizancio y Persia. Respecto al comercio exterior, encontramos que por el este, los barcos provenientes del océano Índico paraban en el puerto de Uballa, actual Abadán, y, desde allí, sus productos subían hacia el norte por el golfo Pérsico, y, a través de los ríos Tigris y Éufrates, se adentraban en Mesopotamia, controlada por el soberano persa. Por el oeste, Bizancio, deseando acabar con los impuestos que le exigían los persas, quería conservar en el mar Rojo una vía de comercio hacia la India a través del estrecho de Al-Mandab, golfo de Adén, con un puerto de escala en la costa de Eritrea donde llegaban diversos objetos del Extremo Oriente. Los productos habituales con los que se comerciaban eran: pieles, marfil y oro de África; mirra e incienso del golfo arábigo; y sedas, especias y piedras preciosas de la India.

En el interior de la Península Arábiga, las caravanas de mercaderes transitaban las vías comerciales que transcurrían desde la Arabia meridional a Egipto, Palestina y Siria, a lo largo de las cuales surgieron importantes centros comerciales como fue el caso de La Meca, que constituía una encrucijada de caminos, pues situada en la ruta del incienso que, a través de Arabia, enlazaba Saba con Gaza, y enclavada a medio camino entre el mundo eurasiático y africano, desempeñaba un importante papel como intermediaria en el control del comercio internacional.

El cambio de mercancías se fijaba en puntos fronterizos como Qulzum en Egipto, Ayla y Gaza en Palestina, o Bašra en Siria. La práctica del comercio iba unida a la celebración de ferias, celebrándose incluso dos ferias anuales en los grandes centros como al-Hira, Bašra o La Meca, ciudad en la que la feria estaba asociada a una importante peregrinación.

A nivel económico, la población de Arabia era interdependiente, así encontramos que los nómadas y seminómadas dependían en todos los tiempos de los pueblos sedentarios por la necesidad que tenían de artículos de primera necesidad, como eran dátiles, cereales, ropa y todos aquellos productos de metal; de modo inverso, las comunidades sedentarias eran también, en algún grado, dependientes de los nómadas, pues se beneficiaban de los servicios específicos que ellos y sus animales domésticos realizaban, como era el abono de los campos o el transporte de los alimentos.

1.3. Aspectos religiosos

Antes de la llegada del Islam, existía en la Península Arábiga una pluralidad de opciones religiosas, se mantenían las creencias antiguas y el paganismo. La mayor parte de los árabes eran politeístas. Aunque no se conocen bien sus creencias y prácticas religiosas, parece ser que no consideraban que sus dioses fueran algo más que unos seres que podían enfurecerse y causar desgracias, y a los que podían aplacar con ofrendas y sacrificios.

Junto a las múltiples divinidades, destacaban una triada de dioses principales: Al-Lāt, diosa del sol o del cielo, Al-‘Uzza, estrella matutina, y Al-Manāt, diosa de la suerte o de la felicidad, que estaban sometidas a una divinidad superior, Allāh (Dios), que pronto habría de eliminar a todas las divinidades para convertirse en dios único.

El culto de los betilos, piedras informes en las que se suponía habitaba la divinidad, estaba generalizado. Existían lugares de culto en los que, en determinados meses del año, se celebraban fiestas y ferias. El más famoso de estos santua-

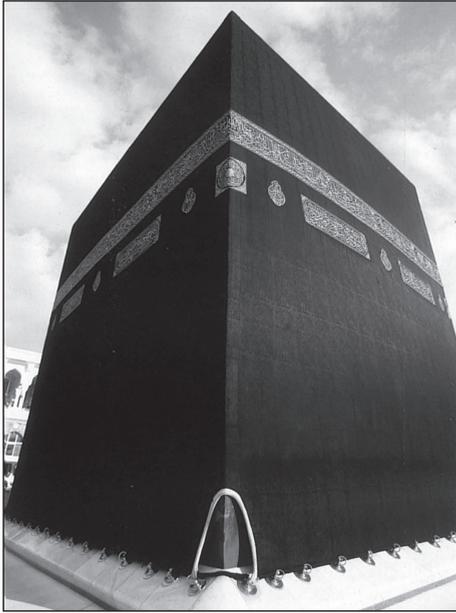


Figura 1. *La Ka'ba, el lugar más sagrado del Islam.*

rios era el de la Ka'ba, en La Meca, donde se veneraba la Piedra Negra, alrededor de la cual se practicaban ritos deambulatorios, que se conservarán con la llegada del Islam. La guardia y custodia de estos lugares estaban confiadas a ciertas familias sacerdotales como los Banū Qurayš de la Meca.

Hay que tener presente que, en Arabia a fines del siglo VI, existían grupos de judíos bastante bien organizados, que se asentaron en el sur y a lo largo del Ḥiyāz, en las trayectorias de las rutas comerciales. Y también, numerosas colonias cristianas de cierta importancia, que vivían refugiadas en el desierto, o en zonas situadas al sur del Ḥiyāz, en torno a la región de Nayram, donde habían ido a instalarse los monofisitas, víctimas de las persecuciones de Justiniano. Hay constancia

de la existencia de algunos árabes que sin ser cristianos, ni judíos, profesaban el monoteísmo y se daban a prácticas ascéticas.

1.4. La organización social: la tribu. La tribu de Kinda

La sociedad de la Arabia preislámica estaba compuesta por tribus, que poseían una estructura patriarcal, unidas entre sí por lazos de sangre. Fuera de la tribu el individuo no podía subsistir. El beduino era un hombre libre, no conocía una organización profesional, ni grupos de edad, ni sociedades menores, pero las condiciones materiales de vida en el desierto del Próximo Oriente, no le permitían, so pena de morir por agotamiento, sobrevivir sin asociarse con otros. El árabe fue primero y principalmente un hombre de tribu, identificado con ella, leal a ella y protegido por ella ante cualquier abuso. La solidaridad y lealtad era absoluta y vinculante. La justicia estaba regida por la Ley del Talión, *qisās*, y su aplicación fue uno de los pilares de la sociedad beduina.

La tribu tenía unas divisiones internas. Las principales divisiones fueron entre los diferentes linajes que había dentro de la tribu, esto es, entre las diferentes líneas de un antepasado, epónimo, que da nombre a la tribu. Estos linajes se subdividen a su vez en sublinajes, que se volvían a subdividir, hasta que se llega a la unidad más pequeña dentro de la tribu que era la familia, y los individuos en sí mismos.

La familia estaba fundada sobre la descendencia paternal, existiendo un predominio del hombre sobre la mujer que se muestra por el derecho a la poligamia y a la reputación. Se tenía gran interés en asegurar la igualdad de estatus, *kafā'a*, entre la novia y el novio.

La tribu no fue una entidad estática, sino que evolucionaba continuamente. Algunos linajes o sublinajes dentro de la tribu mermaban o se fundían con otros, o desaparecían; y, por otro lado, había otros que crecían, pues algunos grupos, sin relaciones previas con la tribu, se unían a ella, primero como aliados o clientes, y luego se incorporaban como “parientes”, y, posteriormente, con el paso del tiempo, adquirían un lugar en la genealogía tribal, tan querida por los árabes, por lo que la descripción genealógica de una determinada tribu no podía verse como una verdadera relación de consanguinidad.

La igualdad total entre las tribus no existía. Una tribu podía dominar directamente a otras en virtud de su poder militar, formando un tipo de aristocracia guerrera; o bien, aquellas tribus que ejercían su poder sobre algún enclave religioso, formaban la llamada aristocracia religiosa, por lo que controlaban a grupos tribales más débiles.

Entre las tribus más conocidas de este periodo, figura la tribu de Kinda. De origen subsahariano, se vio obligada, a mediados del siglo IV, a abandonar Ḥaḍramawt y a dispersarse por Nağd, Iraq, Palestina y Siria, logrando unificarse a mediados del siglo V bajo el poder del soberano ‘Abd Karib. En el año 525, el rey de Kinda es nombrado filarca de los Árabes por el emperador bizantino, pero, paradójicamente, a partir de entonces, este reino se derrumbó por falta de fuerza moral, de cohesión interna y por su fracaso en las fronteras de Bizancio y Persia. El último príncipe de la tribu Kinda fue el gran poeta, ya citado, Imru’ al-Qays.

1.5. *Los antiguos Estados Árabes: Ḥimyaritas, Lakhmíes y Ghassānīes*

Los Ḥimyaritas formaron el último de los grandes Estados del sur de Arabia, los cuales habían gobernado desde el primer siglo d.C toda la Arabia Meridional, y habían mantenido relaciones con Roma. Posteriormente, Bizancio intentó mantener buenas relaciones con este Estado pues deseaba asegurarse su comercio en esta zona, y así evitar que los sasánidas pudiesen instalarse en aquel lugar.

En el año 510, los Ḥimyaritas, por reacción contra los etíopes cristianos, entregaron el poder a un príncipe que se había convertido al judaísmo, llamado, Ḍū Nuwās. Su amistad con los sasánidas motivó que interviniese el emperador bi-

zantino quien envió una armada etíope infligiendo una gran derrota al soberano ḥimyarita.

Algunos grupos etíopes se sublevaron y en el 530 entregaron el poder a Abraha, antiguo esclavo cristiano, durante cuyo gobierno se produjo la ruptura de la presa Ma'rib que él reparó. Según la tradición, Abraha dirigió en el 570, año en que nació Mahoma, una expedición a la Meca que se conoce como la “guerra del Elefante”, pero este suceso no es admitido por todos los estudiosos, pues de ser cierta la fecha, su gobierno se habría prolongado demasiado tiempo.

La dinastía fundada por este antiguo esclavo duró hasta que se produjo la invasión persa en el año 575. A partir de entonces, la Arabia del sur se convirtió en un protectorado persa, manteniendo como jefe nominal a un descendiente de los reyes ḥimyaritas. No obstante, el gobierno persa, poco efectivo, duró hasta los primeros tiempos del Islam.

Rodeando a los dos grandes imperios, bizantinos y sasánidas, encontramos la formación de dos reinos “satélites”. En los confines de los sasánidas, que reinaban en Persia, incluyendo el actual Iraq, encontramos el reino árabe de los lakhmíes. Uno de los miembros de la familia de los Banū Lakhm fue escogido por los sasánidas para nombrarle rey de un Estado vasallo, cuya capital era al-Hira, situada hacia la mitad del Éufrates, lugar donde se había establecido esta familia desde comienzos del siglo III. Este reino prosperó rápidamente debido a su afortunada diplomacia tribal. Los lakhmíes participaron, al servicio de los sasánidas, en operaciones militares frente a los bizantinos, pero con el tiempo ellos tendieron a llevar su propia política entre Persia y Bizancio.

Mientras que al oeste, próximos al imperio bizantino, encontramos otro gran Estado árabe, el de los ghassáníes, con quienes los bizantinos crearon una alianza con vistas a prevenir incursiones nómadas. Abastecieron a la armada bizantina de jinetes que constituían un contingente móvil muy eficaz. Los ghassáníes no tenían capital fija, sus centros fueron Djabiya y Djillik, al sur de Damasco; y posteriormente, Sergiopolis-Ruṣāfa, al sur del Éufrates. No obstante, cierta actitud del rey Ghassānī provocó inquietud en el emperador bizantino por lo que fue arrestado por sorpresa y condenado a muerte, después de lo cual, el reino ghassānī se fragmentó entre quince jefes.

Esta relación con los dos grandes imperios, había hecho que los jinetes beduinos se familiarizaran con las grandes civilizaciones tanto de Persia como de Bizancio, y con las técnicas de guerra desarrolladas en una y otra parte.

Así pues, esta era en síntesis, la situación que existía en Arabia cuando Mahoma nace. A este periodo anterior al Islam, se le conoce en la tradición musulmana con el nombre genérico de *yahiliyya*, o “época de ignorancia”, o según otros estudiosos, traducido como “época pagana”.

2. El Nacimiento del Islam

2.1. Mahoma

Un breve repaso a la vida de Mahoma es una introducción necesaria para el estudio de la doctrina musulmana

2.1.1. Fuentes biográficas

Para conocer la personalidad de Mahoma disponemos, fundamentalmente, de dos fuentes: una es el Corán, que contiene las enseñanzas del profeta, y otra son los *Ḥadīṭ*, palabras o hechos relativos a él mismo, y transmitidos por sus compañeros, de los cuales se sacaron los datos biográficos que han permitido reconstruir, en parte, la vida de Mahoma.

La primera biografía sería de que disponemos, siguiendo un orden cronológico, fue obra de Ibn Ishāq (m. 768), que fue modificada y abreviada por Ibn Hishām (m. 834), y lleva el título de “*Sīrat ar-Rasūl*”, la vida del Profeta. Por esos mismos años, al-Wāqidī (m. 822) compuso otra biografía de Mahoma, sin que se sepa que hubiese comunicación alguna entre estos autores.

A pesar de que Ibn Ishāq refiere que Mahoma nació el lunes, 12 de rabī ‘, I del año de la expedición del elefante, no existe unanimidad para señalar el año de su nacimiento en el calendario cristiano, aunque generalmente se adopta el año 570, en el que Abraha realizó la expedición del Elefante a la Meca. El nacimiento de Muḥammad Ibn ‘Abd Allāh “El Alabado”, al que llamaremos Mahoma, estuvo precedido, según las tradiciones, por portentos y prodigios que marcaban la llegada de un ser singular.

2.1.2. Los primeros años, juventud y matrimonio

Pertenecía Mahoma al clan de los Banū Hāšim, perteneciente a la tribu de Qurayš. Su padre, ‘Abd Allāh, murió mientras iba en una caravana hacia Siria antes de que él naciera, aunque algunas fuentes afirman que murió cuando Mahoma tenía tres meses, lo que provocó que su madre, Āmina, no pudiera amamantarlo y lo entregase a una joven pastora, Ḥalīma, hasta que cumplió los tres años, y fue devuelto a su madre con la que permaneció en La Meca en un cálido clima familiar con sus tíos y primos. A los seis años su madre lo llevó a Yaṭrib para que conociese a la familia que vivía allí. De vuelta a La Meca, su madre murió cuando Mahoma tenía seis años. Al quedarse huérfano el niño fue conducido a casa de su abuelo, ‘Abd al-Muṭṭalib, hombre piadoso encargado de la pro-

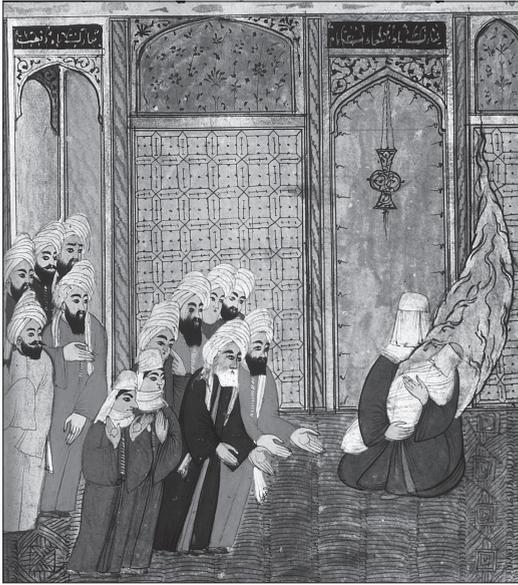


Figura 2. *Mahoma en brazos de su madre Āmina es presentado a su abuelo (Museo Topkapi, Estambul).*

tección y cuidado de la Ka'ba, el cual debido a su avanzada edad, encomendó a su hijo, Abū Ṭālib, que cuidara de Mahoma. La orfandad y la pobreza de la infancia de Mahoma marcaron el resto de su vida y contribuyeron a formar su mensaje y sus prácticas solidarias con los huérfanos y necesitados.

Sobre la juventud de Mahoma tenemos pocos datos, parece ser que disfrutó de una adolescencia dichosa viajando y tomando parte en las actividades comerciales de su tío. La leyenda sitúa en esta época los contactos que Mahoma tuvo con las comunidades cristianas, y el encuentro con el monje Bahira en Baṣra, al sur de Siria. Mahoma conoció las distintas tra-

diciones y tendencias que coexistían en Arabia y que, indudablemente, contribuyeron a su formación.

A los veinte años conoció a una mujer viuda, muy rica, Jadīya, a cuyo servicio entró como hombre de confianza para acompañar las caravanas que iban a Siria, con quien, años después, se casó a pesar de la diferencia de edad entre ambos, pues, según la tradición ella tenía cuarenta años, y él veinticinco. Este matrimonio permitió a Mahoma salir de la pobreza, tener cubiertas las necesidades materiales y convertirse en un personaje considerado que supo ganarse el afecto de todos por su conducta y su talante. De este matrimonio nacieron dos varones y cuatro hijas, de los cuales sólo Fāṭima, que se casó con 'Alī, sobrevivió al Profeta.

2.1.3. *La revelación y los comienzos de la predicación*

Antes de tener las primeras visiones proféticas, Mahoma, que era un hombre muy religioso, practicaba el culto de sus antepasados, hacia la oración en la Ka'ba y participaba en las ceremonias de peregrinación. Buscando la soledad y el silencio, solía retirarse a una cueva del monte Hirā', situado a veinte kilómetros de La Meca, para dedicarse a la oración y la meditación, y fue precisamente en este lu-

gar, habiendo cumplido ya los cuarenta años, donde sintió la llamada de su misión profética, y tuvo lugar la primera revelación. Siguiendo las indicaciones del ángel Gabriel, comienza a aprender y a recitar las palabras de Dios, de quien recibe la inspiración que va a transmitir a los fieles. El primer texto que el ángel le mandó recitar: “*Recita en el nombre de tu Señor, que te ha creado...*” se recoge en la Sura 96, 1-5, y según los especialistas, es el comienzo de la revelación del Corán. El calendario musulmán recuerda anualmente esta fecha con el nombre de *laylat al-qadr*, la noche de la potestad, que tuvo lugar al final del mes de ramadán del año 610, cuando Mahoma tenía cuarenta años.

Durante algún tiempo, impresionado y, en parte, temeroso, no contó lo sucedido más que a algunos miembros de su familia, y a su fiel sirviente, Zaid, quien fue el primero en confesar que creía abiertamente en Mahoma y en lo que representaba. Los primeros adeptos fueron su mujer, su primo ‘Alī, y dos hombres notables de la Meca: ‘Uṭmān y Abū Bakr, su futuro suegro. Su tío y protector, Abū Ṭālib, nunca quiso abrazar el Islam.

Después de un tiempo de calma durante el cual Mahoma recobra la confianza, comienza en el año 613 la predicación basada en tres temas principales: fe en Allāh, Dios único y creador; rechazo a los falsos dioses; y la espera y miedo al castigo divino. A semejanza de los grandes profetas de Israel, Jeremías, Ezequiel e Isaías, Mahoma era un “avisador” y se presentaba como el último eslabón de la cadena de profetas que Dios había enviado a los hombres después de Abraham, Moisés y Jesús.

El ataque contra el politeísmo suscita vivas reacciones en La Meca. Los mequinites defendían, con el apoyo de los jefes nómadas, los ídolos que estaban ligados al culto de la Ka‘ba, a la peregrinación y a la feria, cuyo papel era de suma importancia para la vida económica. Además, no admitían que el privilegio de anunciar la revelación fuese concedido a un hombre que no pertenecía a los grupos dominantes, como lo eran ellos, por lo que le ridiculizaban y presionaban a sus seguidores, generalmente de origen humilde, con el fin de impedir nuevas adhesiones, y frenar la fuerza de Mahoma y de sus seguidores.

En el año 619, Mahoma pierde a su mujer y, días más tarde, a su tío y protector, por lo que, al no encontrar ningún tipo de apoyo, y al hacerse su situación cada vez más difícil, decide propagar su fe fuera de La Meca. Se dirige primero a

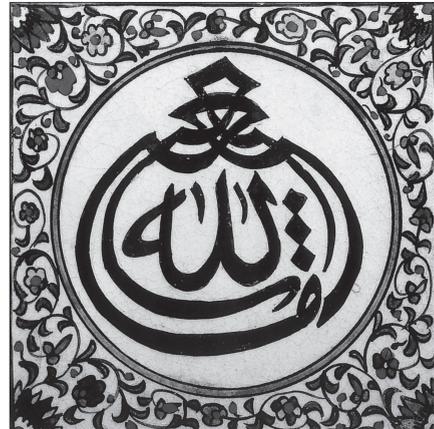


Figura 3. *Ma sha'a Allāh*, “lo que Dios quiere”.

Tā'if, uno de los graneros de La Meca, y desde allí marcha a Yaṭrib, donde residían miembros de la familia de su madre, y también tres tribus judías y otras dos tribus árabes con las que Mahoma inició una serie de conversaciones, pues vieron en él la persona adecuada para resolver la tensa situación que reinaba, por entonces, en esa ciudad. En estas circunstancias es cuando se firma, en el año 620, el Pacto de 'Aqaba, desfiladero no lejano de La Meca, en el cual setenta y tres hombres, y dos mujeres prestaron juramento de obediencia a Mahoma, comprometiéndose a acogerle y defenderle, por lo que se afianzaba su poder político.

2.1.4. *La estancia en Medina*

Esta emigración, hégira, desde La Meca a Yaṭrib se realiza el 1 muḥarram del año 622, correspondiente al 16 de julio del año 622 del cómputo cristiano, señala el fin de la era preislámica y el inicio de la islámica. El establecimiento en Yaṭrib, ciudad que a partir de entonces se llamará *Madīnat al-Nabī*, Ciudad del Profeta, marca el inicio del periodo medinense. Mahoma se convierte en el guía de una comunidad humana y va a tratar de formar y crear una verdadera comunidad entre los emigrados, *muhāyirūn*, y los recién convertidos, denominados, auxiliares o *anṣār*.

Con la hégira se había roto la cohesión tribal, por lo que el lazo de la comunidad, *umma*, será la religión y nunca más el espíritu del clan. El Islam de Medina fue el germen del que salió el Islam del mundo, pero el medio en el que iba a crecer el Islam difería radicalmente de aquél en el que había nacido. La población de Medina se dedicaba de manera preferente a la agricultura, y la ciudad carecía de la jefatura unificada y del control que ejercían los qurayshíes en La Meca. Durante este tiempo, y una vez que estuvieron construidos la mezquita y los alojamientos de su familia, Mahoma, que ya tenía varias esposas, contrajo matrimonio con 'Ā'īša, hija de Abū Bakr, por la que sentía gran predilección.

Los primeros problemas a los que tuvo que hacer frente Mahoma en Medina, van a surgir con las tribus judías, quienes fieles a su religión se sintieron incómodas con la predicación del Profeta. No obstante, Mahoma había hecho de antemano algunas concesiones a los judíos para reconciliarse con ellos, así por ejemplo, adoptó el ayuno, las abluciones, y la orientación hacia Jerusalén para la oración, e incluso les había hecho ver que entre ellos existían lazos en común, ya que Abraham unía las dos comunidades. A pesar de todo, se rompieron las relaciones con los judíos y Mahoma cambia la dirección de la plegaria hacia la Ka'ba, sustituye la trompeta y gong que usaban los judíos y cristianos para llamar a la oración por la voz humana, instituye el viernes como día de plegaria común, e introduce el ramadán, mes sagrado, en recuerdo de la revelación que recibió, y mantiene la peregrinación.

La situación en la que se encontraban los que habían emigrado a Medina no era fácil, pues no tenían tierras que labrar, no podían trabajar para los judíos, por

lo que no encontraron más salida que las razias y el botín. Medina se encontraba en una situación privilegiada en la ruta de las caravanas que iban de la Meca a Siria, así se explican los ataques que se produjeron contra los mercaderes de la Meca. Uno de estos ataques, producido en Najla, en enero del año 624, tuvo importantes consecuencias ya que se produjo durante la tregua establecida en los meses sagrados, y causó la muerte de un mecano, por lo cual Mahoma recibió grandes protestas, a las cuales respondió con una revelación que recoge el Corán: “*van a interrogarte sobre la guerra durante el mes sagrado. Contéstales esto: durante este periodo la guerra es un pecado grave... pero más odioso es oponerse a la religión islámica*” (Sura 2, 217).

Más importante fue aún el combate que tuvo lugar cerca de los pozos de Badr, al suroeste de Medina, en marzo del año 624, cuando los musulmanes se decidieron atacar una caravana qurayšita que venía de Siria, guiada por Abū Sufyān. A pesar de que los caravaneros recibieron refuerzos, y llegaron a ser unos mil, frente a los musulmanes que casi no llegaban a trescientas personas, la disciplina de los menos triunfó sobre la confianza y seguridad de los más, y los seguidores de Mahoma derrotaron a sus contrarios llevándose un gran botín. Un aspecto que debe ser destacado, es el hecho de que después de este encuentro se plantearon algunos problemas prácticos de gobierno como fue el reparto del botín (Sura 8, 41). Así nació el *ḡihād*, esfuerzo, guerra santa. Esta victoria provocó, además, un aumento de fanatismo, y tuvo como consecuencia inmediata una acción contra los judíos de Medina.

Al año siguiente, los qurayšíes van a tratar de vengar esta derrota, por lo que organizaron una milicia con mercenarios africanos dirigidos por Abū Sufyān y se dirigieron a la llanura de Uḡud, frente a Medina. A pesar de que Mahoma cayó herido, los mecanos se retiraron sin aprovecharse de la victoria, quizá para demostrar que su acción iba dirigida únicamente contra Mahoma, y no contra el conjunto de los medinenses.

Después de Uḡud, qurayšíes y medineses se esforzaron por atraer a sus respectivos campos a las tribus beduinas del Hiyāz. Por su parte, Abū Sufyān reunió una gran coalición en La Meca y, en marzo del año 627, se dirigió hacia Medina. Cuando Mahoma tuvo noticias de esta expedición, se encerró en Medina y mandó excavar un foso en el lado más vulnerable. Esta construcción dio nombre a toda la campaña, denominada *Ḥandaq* o “del foso”, calificada como una batalla de inteligencia. Parece ser que esta idea proviene de Persia, y que fue el converso persa, Salman, uno de los artífices más importantes de su preparación. A los sitiadores se les acabaron las provisiones, el grano había sido recogido ya, y tuvieron grandes problemas para conseguir forraje para sus caballos, lo que motivó que se produjesen discrepancias entre los mecanos y tomaran la decisión de retirarse. Después de esta batalla, los qurayšíes no sólo habían perdido su prestigio, sino también el

dominio de la ruta comercial a Siria. Mahoma, después de este triunfo, se dedicó a eliminar a la última tribu judía que quedaba en Medina.

A partir del año 628 comienza la fase ofensiva del Islam. Ese año Mahoma piensa que debe realizar la peregrinación a La Meca, y con un grupo de fieles se dirige al límite del territorio sagrado, donde los qurayshíes les impiden el paso, a pesar de ello, se evitó el enfrentamiento y, en su lugar, se llegó a una negociación que quedó reflejada en el Pacto de Hudaibiyya, a una jornada de La Meca. En esta negociación se puso de manifiesto el profundo realismo político de Mahoma, pues aunque fue mal acogido por muchos musulmanes porque consideraban humillante que no se les permitiese la entrada a La Meca durante ese año, y que se les autorizase a estar al año siguiente sólo tres días para realizar la peregrinación menor, *'umra*, distinta del *ḥaḡy* o gran peregrinación, Mahoma obtenía importantes ventajas políticas, la primera fue el implícito reconocimiento de su fuerza al ser admitido para tratar de igual a igual con la jerarquía de La Meca. Además, en el tratado se establecía una tregua de diez años y se reconocía a ambas partes el derecho de aliarse con quienes quisieran.

Al año siguiente, tal y como habían acordado, los musulmanes entraron en La Meca; posteriormente, Mahoma envió al norte a unos trescientos hombres para eliminar a los ghassáníes, pero fueron atacados por los bizantinos en la llanura de Mu'ta, situada al sur del mar Muerto. Al finalizar el año, Mahoma debido a una pequeña discrepancia con los hombres de La Meca, y bajo el pretexto del asesinato de un musulmán, declara la no validez del Pacto de Hudaibiyya, y se dirige a la ciudad santa donde llega en enero del 630. Su entrada fue pacífica, porque no venía a destruir, sino a dominar y a ganarse a los reacios con sus bondades. Durante los quince o veinte días que permaneció en la ciudad, mandó destruir los emblemas de la idolatría y los frescos que representaban a los profetas bíblicos, exceptuando las imágenes de Abraham, Jesús y la Virgen. Finalmente, tuvo lugar la ceremonia de juramento, *bay'a*, por la cual la población de La Meca juraba fidelidad y obediencia al Profeta.

Pero Mahoma no pudo asistir a la gran peregrinación, *ḥaḡy*, que se realizó el siguiente año, por lo que delegó en Abū Bakr la presidencia, e hizo publicar un ultimátum, por el cual se daba a los paganos un término de cuatro meses para abrazar el Islam; pasado este plazo, los musulmanes habían de combatirles donde quiera que les hallasen. Además, la peregrinación y la Ka'ba quedaban exclusivamente reservada a los musulmanes. Sería en el año 632, cuando Mahoma realizase la peregrinación, que sería la última, por lo que se conoce como "la peregrinación del adiós", los ritos que en ella observó, cuidadosamente transmitidos, se hicieron luego la norma seguida hasta nuestros días. En mayo de ese mismo año, cae enfermo cuando preparaba una expedición contra los bizantinos para vengar el desastre de Mu'ta, y, unos días más tarde, el 8 de junio, correspondiente al 13 rabī' del año 11, muere sin haber dejado nada previsto sobre su sucesión.

2.2. Arabia a la muerte de Mahoma

Desde el punto de vista musulmán tradicional, se afirma que Mahoma en el último año de su vida fue el soberano de casi toda Arabia, sin embargo, los estudiosos europeos, más escépticos, sugieren que a su muerte gobernaba sólo una pequeña región alrededor de Medina y de La Meca. La realidad hay que situarla entre estos dos extremos, pero no es fácil decir exactamente dónde.

Siguiendo a W. Montgomery Watt, el panorama de la situación podía ser el siguiente:

- a) Había unas tribus que vivían en una vasta región alrededor de Medina y de La Meca que estaban fuertemente unidos a Mahoma y habían hecho profesión de fe.
- b) Las tribus del centro de Arabia y las de todo lo largo de la ruta de Iraq, se encontraban en una posición similar.
- c) En el Yemen y en las regiones del suroeste, se habían convertido al islam una parte de cada tribu y, en conjunto, era menos de la mitad de la población. Lo mismo ocurría en el sureste y a lo largo del Golfo Pérsico.
- d) En la frontera de Siria, un poco más allá del Golfo de Aqaba, algunas tribus se habían apartado del emperador bizantino.

No obstante, aunque Mahoma no hubiera llegado a ser soberano de toda la Península Arábiga, había unificado en gran manera a los árabes, y había desarrollado la conciencia que los árabes tenían de ellos mismos, en tanto que unidad cultural y étnica, que hasta ese momento no estaba más que implícita.

Si juzgamos sólo a Mahoma por los resultados, podemos afirmar, tomando palabras de P. K. Hitti que Mahoma destaca como uno de los hombres más capaces de toda la historia pues dejó la base de una religión: el Islam; promovió una cultura: la arabo-islámica; y fundó una nación: la nación árabe.

2.3. El calendario árabe-musulmán

Antes del Islam los árabes tenían calendario lunar, y al igual que los judíos, intercalaban un mes cuando la diferencia entre el principio del año solar y lunar llegaba a ser notable, hecho que ocurría cada dos o tres años. Pero cuando Mahoma realizó la peregrinación en el año décimo del cómputo musulmán, anunció que ya no se realizarían más intercalaciones, con lo cual el año lunar constará de sus doce meses, y se saldría de la correspondencia con el solar.

Fue el califa ‘Umar, en el año 637, quien instituyó la era musulmana, llamada de la Hégira, ya que tomó como punto de partida, no el momento en que se produjo la salida de Mahoma de La Meca a Medina (septiembre del 622), sino el primer día del año lunar en que esto tuvo efecto, el cual corresponde al 16 de julio del año 622. El inicio del año lo marcará el primer día de la luna, es decir luna llena del mes de Muḥarram.

Los meses lunares del calendario musulmán son sinódicos, es decir, se computan desde una conjunción de la luna con el sol hasta la siguiente. El año lunar sinódico consta de 354 días, 8 horas, 48 minutos y 36 segundos, es decir, de doce meses de veintinueve o treinta días cada uno. En el cómputo popular el principio y el fin de estos meses depende de la primera percepción directa del creciente lunar en el cielo. Cuatro meses del año, vestigio del periodo preislámico, son sagrados: *ramaḍān* en que se realiza el ayuno, *dū’ al-qa’da* o el mes de reposo, el mes de la peregrinación o *dū’ al-ḥiŷŷa*, y *rayāb* o mes sagrado, en el que la Tradición cuenta que tuvo lugar el Viaje nocturno del Profeta. A lo largo de estos meses, la guerra está proscrita bajo todas sus formas, los mercaderes aprovechan este tiempo para dedicarse a sus negocios, ya que se reactiva la actividad ritual y el peregrinaje.

Los días de la semana se designan con su número ordinal a partir del día primero, que es el domingo, día en que comienza la semana; el viernes se llama *yawm al-ŷum’a*, día de la reunión, y el sábado conserva su nombre judío, *yawm al-sabt*, o día del reposo. El principio del día se computa, como es natural en calendarios lunares, desde la puesta del sol, de tal forma que los días comienzan al ponerse el sol, así la noche de cada día es la que precede al día.

Para hallar la correspondencia entre las fechas cristianas y musulmanas son de gran utilidad las tablas publicadas para tal fin.

Orientación bibliográfica específica

GAUDEFRY-DÉMOMBYNES, M.: *Mahoma*. Madrid, Akal, 1990.

MARTÍN ESCUDERO, F.: “Calendario judío e islámico, ¿dataciones exóticas en la Península”, en *X Jornadas Científicas sobre Documentación: El calendario y la datación histórica*. Madrid, UCM, 2011, pp.: 221-234.

MONTGOMERY WATT, W.: *Mahoma, profeta y hombre de estado*. Barcelona, Melusina, 2004.

RAMADAN, T. M.: *Vida y enseñanzas del Profeta del Islam*. Barcelona, Kairós, 2009.

TOR ANDRAE, *Mahoma*, Madrid, Alianza, 1987.

VERNET, J.: *Mahoma*. Madrid, Espasa, 2006.

Lecturas y consultas recomendadas

Manuales

- ABUMALHAM, M.: *El Islam. De religión de los árabes a religión universal*, pp. 17-42.
- BLOOM, J. M.: *Islam. Mil años de ciencia y poder*, pp. 21-58.
- CHEBEL, M.: *El Islam. Historia y modernidad*, pp. 25-49.
- DONNER, F. Mc.: *The early islamic conquests*, pp. 11-50.
- ELISSÉEFF, N.: *L'Orient musulman au Moyen Âge (622-1260)*, pp.7-34.
- HITTI, P. K.: *El Islam, modo de vida*, pp. 23-53.
- OCAÑA JIMÉNEZ, M.: *Nuevas tablas de conversión de datas islámicas a cristianas y viceversa: estructuras para concordar, día por día, años completos*. Madrid, 1981.
- PAREJA, F.: *Islamología I*, pp. 62-80.
- SÉNAC, PH.: *Le monde musulman, des origines au XI siècle*, pp. 13-30.
- TAMAYO, J. J.: *Islam, cultura, religión y política*, pp. 33-56.

Mapas

- NICOLLE, D.: *El Islam y la Guerra Santa*, pp. 15, 21.
- NICOLLE, D.: *Atlas Histórico del Mundo Islámico*, pp. 8-35.
- SELLIER, J. y A.: *Atlas de los pueblos de Oriente*, pp. 11-20.

Textos

- VERNET, J.: *Los orígenes del Islam*, pp. 226-228 “Las mujeres del Profeta”.

Películas

- Mahoma, el mensajero de Dios* (1977) de Moustapha Akkad. DVD (2010).
- Mahoma* (2001) de Chema Sarmiento.
- La Meca por dentro* (2003), Nacional Geographic.